

Paola Myriam Visconti

DYNOWISH

El protector de los sueños

Las lágrimas de la Luna

Vol.1



 Picarona

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

DYNOWISH. LAS LÁGRIMAS DE LA LUNA - VOL. I

Texto: *Paola Myriam Viscontin*

Ilustraciones: *Luigi Aimè*

1.ª edición: junio de 2026

Título original: Dynowish. *Le lacrime della luna*

Traducción: Manuel Manzano

Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*

Corrección: *Sara Moreno*

© 2024, Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano.

www.giunti.it

(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-952-1

DL B 10182-2026

Impreso en SAGRAFIC

Carrer Joan Güell, 32, 1.º 3.ª - 08028 Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1	¡Qué gran problema!	9
2	Una idea brillantee	15
3	En busca del libro	23
4	Un niño valiente	37
5	El mago de la música	53
6	Una carta en el desayuno	63
7	El camino prohibido	75
8	La casa embrujada	83
9	Una antigua leyenda	95
10	La llegada a Ebilandia	107
11	Las pesadillas de Azimur	121
12	Sueño interrumpido	127
13	El regreso a casa	135
14	La trampa de hielo	145
15	Una botella misteriosa	153
16	La habitación secreta	161
17	Viejos amigos	173
18	El socavón en el techo	183

19 El poder de los errores	191
20 Una búsqueda desesperada	199
21 El fin de la pesadilla	211
22 Aún no se ha dicho la última palabra	219
23 ¿Posible o imposible?	227
PARA SEGUIR SOÑANDO	233
AGRADECIMIENTOS	257

CAPÍTULO 1



Un buen problema

«¡Otra vez la misma pesadilla!», pensó Ginny mientras se incorporaba de un salto. Los sueños que la atormentaban se habían repetido, idénticos, durante varias noches seguidas.

Había algo siniestro en ellos, como una advertencia. Nunca antes había sucedido, ¡y temía haberse metido en un verdadero lío del que no podría escapar!

Cada año, antes de Navidad, ella y su hermano pasaban unos días en la montaña, en casa de su abuela. Siempre había sido un momento mágico e inolvidable para ellos. Pero esta vez, por desgracia, fue diferente.

Se deserezó, pero seguía estando inquieta. Aún en la cama, pensó en distraerse. Sin saber qué hacer, empezó a jugar con sus calcetines rosas de lana. Luego se hizo una trenza suave con su larga melena castaña, atada con un lazo de seda. Después intentó retomar su labor de punto: le faltaba poco para terminar un par de manoplas que

quería tener listas para Navidad. Lo intentó durante unos minutos, pero luego, nerviosa, las volvió a dejar sobre la mesilla. Esa noche, simplemente no podía concentrarse en nada.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana: afuera, todo parecía en silencio. La nieve había caído suavemente durante bastantes horas. En silencio, había cubierto las casas, los pinos de los bosques, con la delicadeza de un sueño. El viento que soplaba la levantaba y creaba remolinos y figuras que danzaban en el aire. Entreabrió la ventana y una ráfaga de viento helado la golpeó. Sus pensamientos volvieron de inmediato a la última tormenta, que recordaba como si acabara de ocurrir, tan violenta que había arrasado la playa frente a su casa. Había dejado tras de sí mucho más que unos cuantos trozos de chatarra o pedazos de madera abandonados.

Se estremeció al recordarlo. Cerró las ventanas, aunque no del todo, y miró a Leo, su hermano.

Parecía que ya se había dormido. Estaba tumbado en la cama, con un libro de Sherlock Holmes abierto y apoyado sobre la nariz, del que sobresalía un hermoso mechón de pelo liso castaño oscuro. A su lado, su inseparable navaja suiza brillaba a la luz de la chimenea.

Por las noches, antes de dormirse, solían hablar de la increíble aventura que habían vivido el año anterior. No se lo habían contado a nadie por miedo a que no los creyeran, pero para ellos era como si acabara de terminar.

Ginny saltó sobre la cama y lo sacudió con fuerza.

—Leo, ¿te acuerdas de nuestro viaje al bosque? ¿Cuál fue el mejor momento para ti?

—¡Uf! ¡Estaba leyendo! —se quejó con un bostezo.

—¿Lees con la cara? —bromeó, mirándolo fijamente con sus ojos aguamarina mientras se deslizaba bajo las sábanas a su lado.

Leo intentó ordenar sus ideas.

—Bueno, ¿lo mejor, dices? No sé... ¡Quizá conocer a Dynowish, Tyrox y Lady Uni! ¿Y para ti?

—Cuando llegamos a la casa del árbol de Agarth y lo conocimos, ¡desde ese momento comprendí verdaderamente la importancia de nuestra misión!

Luego, tras un instante de vacilación, continuó:

—Mira, Leo, quiero que me escuches con atención. No puedo soportar esta carga por más tiempo. Desde que llegamos a casa de la abuela, tengo pesadillas horribles. Sueño que una sombra negra me envuelve y que nuestro amigo Dynowish me llama pidiendo ayuda. Está muy débil, atrapado por una red negra que le impide moverse, ¡y grita que los sueños corren grave peligro!

—¿Hablas en serio? No quería contártelo para que no te preocuparas, ¡pero yo también tengo exactamente las mismas pesadillas!

En ese preciso instante, la puerta se abrió de golpe y apareció la abuela. Vestía una suave bata morada estampada con flores, el cabello rubio ceniza recogido en un moño como siempre y zapatillas de terciopelo rosa. Parecía enfadada.

—¿Queréis explicarme por qué seguís despiertos a estas horas? —les regañó, y entró bruscamente en la habitación y se dirigió hacia la lámpara de Ginny, con la evidente intención de apagarla.

—¡Vamos, abuela, que todavía es temprano! Y no tenemos sueño... ¿Nos podrías contar uno de tus cuentos, por favor? ¡Es que no puedo dormir! —suplicó Ginny, intentando parecer despreocupada mientras volvía a su cama. Su larga trenza ahora le caía sobre el hombro. Sonrió de forma irresistible, con sus grandes ojos felinos, como cada vez que quería lograr algo.

—Cierra bien la ventana, cariño, antes de irte a la cama. Todavía está nevando. Ya sabes que tenemos que irnos temprano mañana por la mañana, ¡y ya es hora de que te duermas! —respondió la abuela mientras se reclinaba en su sillón y los observaba con una mirada entre pensativa y absorta.

—Yo tampoco tengo sueño —soltó Leo de repente, y entonces bostezó e intentó incorporarse. Estaba agotado, pero la conversación con su hermana lo había puesto nervioso y, en cualquier caso, jamás la habría contradicho.

—Qué agradable es estar aquí, debajo de las mantas, mientras afuera nieva. Por favor, abuela, ¡cuéntanos sólo un cuento sobre cómo Dynowish ayuda a que los sueños nunca mueran!

Por un instante, nadie habló. Sólo el crepitar del fuego en la chimenea rompió el silencio y llenó la habitación con un intenso aroma a madera y resina. La abuela parecía preocupada, con la mirada perdida. Se quedó mirando por la ventana como si buscara algo, luego negó con la cabeza y dejó escapar un largo suspiro.

—Así que, Dynowish... ¿Dynowish, dices? —susurró, como hablando consigo misma. Acarició la mejilla de Leo con una mano fría y luego continuó—: Os lo contaré

en otro momento, niños, ¡estoy muy cansada! ¡Apagad las luces, que ya es hora de irse a la cama!

—Pero ¿podrías al menos decirnos dónde podemos encontrar el libro de Dynowish para poder leer todas sus aventuras? —se quejó Leo, que no estaba dispuesto a rendirse.

—Ya os lo he explicado muchas veces —respondió la abuela, un poco molesta, y continuó—: Aún sois muy jóvenes y os queda mucho por aprender antes de leer ese libro. Todavía no es para vosotros. Hay muchas cosas que quizá no entendáis, potencialmente peligrosas, ¡e incluso podría meteros ideas extrañas en la cabeza! Además, creo que ni siquiera lo tengo por aquí. Me lo sé casi todo de memoria: mi abuela me lo repetía todas las noches cuando tenía vuestra edad. Bueno, buenas noches, queridos, ¡que tengáis dulces sueños!

Y los arropó. Pero justo antes de salir de la habitación, se volvió hacia ellos y añadió:

—¡Recordad atesorar vuestros sueños y creer siempre en ellos! ¡Nunca los abandonéis, porque no hay sueños imposibles! ¡Lo imposible es sólo lo posible que aún no podemos ver!

Luego cerró la puerta y los niños oyeron sus pasos alejarse escaleras abajo.

CAPÍTULO 2



Una idea brillante

Al quedarse solos, los dos hermanos permanecieron en silencio durante unos minutos, luego Leo comenzó a hablar.

—Ginny, ¿por qué crees que la abuela no quiere que leamos el libro?

—Dice que es peligroso y que somos demasiado jóvenes... ¡Imagínate si supiera de nuestra aventura del año pasado! ¿Qué más podría pasar? ¡No tiene ni idea de lo implicados que ya estamos con Dynowish! —Y tras un momento de silencio, continuó—: ¡Leo, escúchame! ¡He tenido una idea genial! ¿Recuerdas dónde ha estado siempre el libro? Lleva años guardado en el desván de la abuela, y la última vez que lo vimos, se nos cayó a los pies. Y mira por dónde, al día siguiente Dynowish se nos apareció en persona. Parece como si fuera una señal, ¿verdad? Tiene que haber alguna conexión. ¡Vamos! Subamos al desván a buscarlo ahora, porque mañana

nos vamos. Si lo encontramos, ¡tal vez descubramos algo importante! Quizá tenga que ver con nosotros y nuestra aventura para liberar nuestros sueños, y con las pesadillas recurrentes de estos días.

—¿Y si en cambio el libro revela algo sobre la abuela que ella no quiere que se sepa? ¿Nunca te has preguntado por qué es la única que conoce todas esas historias?

Los dos se miraron por un momento, atónitos. Esa duda era, de hecho, más que plausible.

Desde su llegada, la abuela se comportaba de forma muy extraña. Casi a diario, se encerraba en su habitación durante horas y pedía que nadie la molestara. También había faltado varias veces sin dar explicaciones, y organizaba numerosas actividades fuera de casa para ellos, como si quisiera mantenerlos alejados. Incluso les había permitido pasar una noche con unos amigos, algo que hasta entonces les había estado terminantemente prohibido. Por no mencionar que era terriblemente despistada. Dejaba que el correo se acumulara sin abrir, se había olvidado de llamar al carpintero para que arreglara la puerta del granero, lo que la había estropeado por completo, y cuando se averió la caldera, tardó tanto en llamar al técnico que estuvieron sin agua caliente durante más de tres días.

El tema les preocupaba a ambos.

GINNY jugueteaba nerviosa con un ovillo de algodón que se le estaba enredando. Tenía el rostro contraído y la mirada perdida. Leo rompió el silencio para tranquilizarla.

—¡Qué tonterías se me ocurren a veces! Pero tienes toda la razón. Sin duda, ese libro contiene algo que debe-

mos saber. ¡Ésta es nuestra última oportunidad; no volveremos aquí hasta el próximo invierno!

—¡Ojalá siga ahí! ¡El desván de la abuela es un mundo misterioso! ¿Te acuerdas de aquella vez que escondimos nuestros patines viejos, fingiendo que los habíamos perdido, para que nos compraran unos nuevos?

—¡Claro! ¡A la mañana siguiente subimos y encontramos dos pares nuevos en su lugar! —respondió Leo, sonriendo al recordar aquello.

—¿Y aquella vez con la llave de plata? —le preguntó Ginny, que mientras tanto se había sentado en el sillón.

—¡Parecía moverse sola! —respondió Leo con una sonrisa forzada.

Agarró su navaja como si fuera a representar su historia con mímica.

—Traté de utilizarla de varias maneras. Encajaba perfectamente en la cerradura de aquel viejo baúl, pero entonces siempre ocurría algo muy extraño. Giraba la llave tres veces hacia adelante, se atascaba, me ofrecía resistencia, y luego se ponía a girar sola, como si tuviera un mecanismo especial en su interior.

—¡Lo recuerdo perfectamente! ¡Y tu cara, roja como un pimiento, cuando intentabas sacarla después de que se te atascara! —Ginny soltó una risita al recordar aquello.

Leo fingió ignorarla. Él también estaba sentado en uno de los sillones, concentrado en tallar un trozo de madera de la cesta que había cerca de la chimenea, como solía hacer cuando quería distraerse de algún pensamiento inquietante.

—Leo, ten cuidado de no ensuciar. ¡La abuela te ha dicho mil veces que no quiere todas esas virutas de madera esparcidas por la habitación! ¡Mejor no la hagas enfadar por tonterías como ésta! —le regañó mientras apartaba de una patada algunas astillas que habían caído cerca.

—Limpiaré después —respondió distraídamente.

Se notaba que estaba pensando en otra cosa.

—¿Y recuerdas aquella extraña planta encerrada en aquel armario oscuro? —continuó entonces Ginny, como para cambiar del tema—. Es un milagro que siga sana y salva. Siempre me he preguntado cómo sobrevivió, sin un ápice de luz y prácticamente sin agua. La abuela me dijo que era una planta muy rara, que vive en el extremo norte y que no requiere muchos cuidados. Sólo hay que regarla una vez cada seis meses y no necesita luz. Pero esa historia no me convenció en absoluto.

»Se llama... planta nocturna, o algo así. Intenté investigar, pero hasta el jardinero dijo que nunca había oído hablar de ella. «No hay plantas en este mundo que puedan vivir sin luz, señorita». ¡Eso fue lo que me dijo! Y aunque fuera cierto, surge una pregunta: ¿qué sentido tiene tener una planta para luego guardarla en un armario polvoriento del desván? Quién sabe, ¡quizá tenga otra función además de decorar un salón! ¿Pero cuál? —preguntó Ginny, agitando las manos hacia arriba para enfatizar sus sospechas.

Leo no le respondió. Siguió trabajando en su trozo de madera sin levantar la vista.

—¿Podrías decirme qué te pasa? —preguntó Ginny, a quien no le gustaba en absoluto que la ignoraran.

Tras un momento de silencio, respondió.

—En realidad, no es lo más raro que he visto, te lo aseguro. Quizá sea hora de que te cuente algo. Se trata de esa llave de la que estábamos hablando. ¿Te acuerdas del año pasado, en la víspera del cumpleaños de mamá, cuando discutimos porque estabas insoportable y no querías jugar? Dijiste que tenías que terminar aquella bolsa a toda costa.

—¡Ah, claro! ¡Por supuesto! Me porté fatal porque quería hacerle un regalo a mamá con mis propias manos, para celebrar su cumpleaños. ¿Es que no te importan los cumpleaños? Creo que ni siquiera le hiciste un regalo. Y encima, ¿te crees muy amable, tú, que no parabas de tirarme la pelota fingiendo que era un error? ¡Tuve que echarme y encerrarme en mi habitación para poder terminar el trabajo! —espetó con resentimiento.

—Ay, Ginny, ¿de verdad tienes ganas de discutir? —se quejó con voz suave y una sonrisa conciliadora.

—Claro que siempre le das la vuelta como quieres, hermanito, ¡pero no me lo creo, no soy mamá!

Él puso los ojos en blanco, la imitó con los labios, pero sin emitir sonido alguno y trató de que ella no se diera cuenta. Luego giró el trozo de madera entre sus manos, que se había transformado en una florecilla muy bonita, y se la entregó a su hermana.

—En paz, ¿vale?

Ginny la cogió. Estaba muy bien hecha. Nunca podía resistirse a esas creaciones, que le encantaba coleccionar.

—De acuerdo, ¡pero sólo si luego me haces otra igual! —y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

Entonces Leo volvió a hablar.

—Bueno, como te decía, ese día simplemente cerré la puerta de golpe para salir solo al jardín, pero luego cambié de opinión y subí al desván con mi navaja multiusos. Estaba obsesionado con esa cerradura y quería abrirla, aunque tuviera que forzarla. En fin, para no extenderme, encontré la misma llave que habíamos dejado en el suelo cerca del baúl hacía un rato, sobre la mesa. Junto a ella había un tintero, una hoja de papel y una pluma estilográfica. Curioso, me acerqué y todo se movió ligeramente, como si la mesa hubiera vibrado con fuerza.

»De alguna manera, la llave siguió moviéndose y se cayó al suelo, sólo para volver al mismo sitio donde la habíamos dejado. Intenté recogerla y se me resbaló de las manos porque estaba tan congelada que parecía de hielo. Entonces oí un crujido que venía de la mesa, y tanto la pluma como el tintero se acercaron a mí. Así que agarré la pluma, la mojé en el tintero e intenté escribir algo. La tinta era de un verde intenso y precioso, pero no se veía nada de lo que escribía, como si fuera tinta invisible. Así que quise comprobarlo y me puse un poco en la mano: era verde igual que la que había visto en el frasco.

—¿Pero por qué no me dijiste nada? —le reprochó Ginny.

—¿Y cómo, perdona? ¿No acabas de decir que te encerraste en tu habitación todo el día?

—Bueno, ¡pero luego fuimos a cenar y pasamos mucho tiempo juntos al día siguiente! —respondió ella.

—Nunca estuvimos solos, si lo recuerdas bien. Y aunque te lo hubiera dicho, ¿qué habría cambiado? Nos fui-

mos esa misma mañana y, de todos modos, no habríamos tenido tiempo de comprobarlo.

—Pero ¿al menos lo has probado en otro trozo de papel? —insistió Ginny, ignorando su objeción.

—Claro, ¿qué te crees? Como no encontré ningún otro, utilicé un libro, ¡pero siempre pasaba exactamente lo mismo!

—Quizás no estabas mojando bien la punta. A mí también me pasó una vez en el colegio, con una pluma estilográfica... —dijo encogiéndose de hombros mientras cogía su labor de punto.

—¡Ya sabía yo que no debería habértelo dicho, señorita sabelotodo! —dijo Leo, dejándose caer de nuevo en la cama y apagando la lámpara de su mesita de noche.

—Mira, Leo, de verdad que no tengo ganas de pensar en más locuras. Ya está todo el tema del libro, y si encima le añadimos estas cosas raras, me voy a poner aún más nerviosa, ¿entiendes? —respondió, acercándose a su hermano y sentándose a su lado. Luego, con voz suave, continuó—: Leo, ¡lo siento! ¡De verdad me da miedo que esté pasando algo mucho más grande que nosotros!

Él se incorporó, se apoyó en el codo y le apretó la mano un instante, como para tranquilizarla.

—¿Recuerdas lo que mamá nos dice siempre? «¡Los obstáculos están para superarlos!».

—Y cada obstáculo está a nuestro alcance —concluyó ella guiñándole un ojo.

—Déjame descansar un minuto —murmuró con un enorme bostezo.

—¡No, Leo, por favor, no te duermas ahora! Tenemos

que esperar un poco más, hasta que la abuela se duerma, y luego subiremos... –dijo Ginny, quitándole bruscamen- te las sábanas para evitar que se durmiera.

—¡Vale, ya lo entiendo! –se quejó él, algo enfurruñado.

—Puedes leer tu libro de Sherlock Holmes, a lo me- jor sacas alguna buena idea... –le dijo en tono de broma, entregándole el libro al revés y poniéndoselo de nuevo delante de la cara.

Él lo cogió a regañadientes y empezó a leer. Ginny, mientras tanto, se había levantado y volvía a mirar por la ventana. Parecía como si el viento hubiera amainado un poco y el silencio lo envolviera todo. Se sentó en el sillón y reanudó su labor de punto.

No tuvieron que esperar mucho.

CAPÍTULO 3



En busca del libro

La oscuridad envolvía la casa. Lo único que se oía era el silbido ocasional del viento entre los abetos. Los niños habían permanecido atentos en completo silencio. De repente, el tañido del reloj resonó como una alarma al pie de la escalera, rompiendo abruptamente la quietud. Era hora de marcharse.

Se deslizaron fuera de la cama como anguilas, evitaron con cuidado las tablas de madera desvencijadas que crujián, abrieron con cuidado la puerta del dormitorio, contuvieron la respiración y subieron de puntillas al desván.

Conscientes de que estaban rompiendo la prohibición que su abuela les había impuesto momentos antes, se sintieron culpables por traicionar su confianza.

Por otro lado, era su última oportunidad: partirían al día siguiente para llegar a casa antes de Navidad.

Estaban seguros de que el libro guardaba un importante secreto que ella quería ocultarles por algún motivo

desconocido. Las recurrentes pesadillas que los atormentaban a ambos no podían ser una mera coincidencia. Dynowish podría estar en peligro. No les quedaba otra opción, debían hacer todo lo posible por averiguarlo.

La escalera que conducía al desván estaba destartalada y crujía con facilidad. Joy, su perra, dormía en su caseta en la cocina, y en cuanto oyó los primeros ruidos, subió las escaleras corriendo y gimoteando.

—¡Cállate, Joy, no querrás despertar a la abuela y meternos en líos! —susurró Ginny para tranquilizarla—. ¡Baja, pórtate bien!

Ella obedeció y se deslizó hacia abajo en silencio.

Los dos continuaron avanzando con cautela. Ginny, mientras subían la escalera, asomó la cabeza para comprobar qué ocurría. Vio que la puerta del dormitorio de su abuela estaba entreabierta y que una luz rosada parecía pulsar desde dentro. Le extrañó que aún no estuviera dormida, pero ahora tenían que seguir adelante. Tendrían que extremar las precauciones para no ser descubiertos.

Al llegar al desván, los niños se detuvieron en seco. Normalmente, la puerta crujía con bastante estrépito. Extrañamente, esta vez se abrió sin hacer ruido y, de hecho, ni siquiera tuvieron que empujarla.

—¡Quizá la abuela por fin ha cambiado la cerradura! —dijo Leo.

Pero Ginny parecía recelosa.

—¿Qué estás pensando, Ginny? —preguntó entonces, al notar la mirada de sospecha de su hermana.

—Todo esto es un poco extraño. Ya sabes lo mucho que le gustan a la abuela las cosas antiguas. ¿Por qué ha-

ría cambios? Y la cerradura de esta puerta, que al parecer nunca usa... Creo que esconde algo aquí...

La expresión tensa de Leo interrumpió su razonamiento y Ginny intentó restarle importancia.

—Quién sabe, ¡quizá sólo estoy cansada y me dejo llevar por mi habitual imaginación desbocada! Vamos, hermanito, busquemos el libro y bajemos... —concluyó, y entró en la habitación con un movimiento rápido.

El desván, sumido en la oscuridad, producía una extraña sensación. Estaba poblado de siluetas negras y objetos amenazantes, y casi no lograron reconocerlo. A primera vista parecía bastante ordenado, pero al observar con más detenimiento vieron que numerosos objetos lo abarrotaban. Frente a ellos, robustos estantes de madera albergaban curiosos utensilios, mientras que a la izquierda se amontonaban algunas sillas similares a las de la sala. Los libros, que los niños recordaban esparcidos por todas partes, habían sido guardados al fondo de la habitación, en una gran librería que antes no estaba allí.

Ginny se acercó al armario donde recordaba haber visto el libro de Dynowish la última vez, cuando se les había caído a los pies. En su lugar, había varias jarras antiguas apiladas, junto con instrumentos de latón inusuales y tinteros con tintas de colores brillantes.

—¡Pero... ha desaparecido! —exclamó Ginny, molesta—. ¿Y qué son todos estos objetos extraños? No recuerdo haberlos visto nunca.

—No tengo ni idea, Ginny. Pero volvemos a lo mismo: ¿por qué la abuela habría movido el libro? Lleva aquí años... ¡Vamos a buscar en la biblioteca!

Enseguida se percató de que contenía volúmenes muy antiguos, encuadernados en cuero y telas preciosas. En un instante, Ginny estaba a su lado.

—Si tenemos suerte, deberíamos encontrarlo enseguida: parecen estar colocados por orden alfabético... ¡Pero en esta oscuridad no se ve nada! —se quejó.

Densas nubes negras se desplazaban rápidamente por el cielo y ocultaban la tenue luz de la Luna. Pronto quedaron sumidos en una total oscuridad.

Leo sacó una pequeña linterna del bolsillo de su bata.

—¡Bueno, esto está mejor! —exclamó, y un haz de luz amarilla iluminó algunos volúmenes.

—¡Bravo, hermanito, siempre piensas en todo! —exclamó ella con un suspiro de alivio.

Así pues, ambos continuaron su búsqueda, pero los títulos, desgastados y amarillentos por el paso del tiempo, eran difíciles de leer. Los libros eran tan numerosos que, a medida que los sacaban de los estantes, parecían multiplicarse.

—¿Qué clase de broma es esta? ¿No lo ves? ¡Quitas uno y enseguida aparece otro!

—¡Sólo estamos cansados, Leo, eso es todo! —intentó tranquilizarlo Ginny, esbozando una sonrisa fingida mientras su corazón latía con fuerza. En efecto, lo que estaba sucediendo era bastante extraño—. Recuerdo que era un libro grueso... —continuó diciendo, como si hablara consigo misma y se acercara para leer mejor.

Pero de repente oyeron un crujido que venía de detrás de la estantería. Luego, un susurro, como si algo estuviera raspando el suelo al otro lado de la pared.

Sintieron un hormigueo en las puntas de los dedos de los pies, por el esfuerzo de permanecer quietos y no huir.

—¿Qué puede ser? ¿Hay alguien al otro lado del muro? —preguntó Leo mientras trataba de evitar que se le resbalara la linterna de las manos sudorosas.

—¡Ladrones! —Ginny estaba aterrorizada de que algún ladrón entrara en la casa; era más fuerte que ella.

—¿Qué esperas que robe un ladrón de un desván como éste? Además, Salimeaux es un pueblo tranquilo, todos se conocen y nunca ha habido un robo. ¡La abuela siempre nos lo dice! —respondió Leo con voz entrecortada, nada tranquilizadora.

—¿Y entonces, sabelotodo, quién crees que puede ser?

—No tengo ni idea. ¿Quizá un monstruo?

—¡Oh, sí, un monstruo! ¡Todo el mundo sabe que cientos, o, mejor dicho, miles de monstruos viven aquí!

—Ginny, sea lo que sea, ¡tenemos que ver qué o quién se esconde ahí atrás!

—¿Y si hubiera una puerta? Tal vez deberíamos mover la estantería.

—Podría ser, ¡pero no podemos hacerlo solos!

—Tienes razón. ¿Y si quitamos todos los libros para que pese menos? ¡Entonces quizá podríamos separarla de la pared lo suficiente como para ver si hay algo detrás!

Se pusieron a trabajar afanosamente, pero, al cabo de pocos minutos, oyeron un estruendo que rasgó el aire, seguido del frenético cierre de las persianas.

—¡Vaya, seguro que la abuela se ha despertado, y si se da cuenta de que no estamos en nuestra habitación, habrá problemas! —dijo Leo alarmado.

—Pero ¿cómo podemos dejar todos los libros en este desorden?

—Mañana saldremos temprano; ¡no tendrá tiempo de subir al desván... a menos que nos encuentre aquí ahora!
—dijo Leo, señalando la puerta que había quedado entreabierta y por la que se filtraba una luz amarillenta.
—¡Como puedes ver, la abuela se ha despertado!

Los niños se miraron aterrorizados. Un viento frío silbaba por las rendijas de las ventanas, y abajo las contraventanas golpeaban cada vez con más fuerza.

—¡Ahora o nunca! —exclamó Ginny.



Aprovecharon el rugido de la tormenta para bajar corriendo las escaleras, con el ímpetu de un acorazado a toda máquina.

—¿Qué pasa, abuela? —gritaron casi al unísono, fingiendo haber sido despertados por los ruidos.

La encontraron junto al reloj de pie del recibidor. Sostenía una llave de forma inusual. En cuanto vio a sus nietos, se la guardó rápidamente en el bolsillo, cerró la puerta de cristal del reloj, que estaba entreabierta, y los miró con fastidio.

—¿Puedo preguntaros qué hacéis aquí a estas horas?

—¡Tenemos miedo de la tormenta! —mintió Ginny.

—¿Y a qué le tendrías miedo exactamente? —respondió en un tono indescifrable, como si no supiera si enfadarse o mostrarse conciliadora.

El reloj dio las diez. Sobresaltada por el sonido, se volvió hacia ellos como para justificarse y comenzó a hablarles.

—Anoche olvidé darle cuerda... Debéis saber que es un reloj muy antiguo y valioso. La madera con la que está hecho proviene de una planta milenaria llamada pandia, que crecía durante las noches de Luna llena y sobrevivió a innumerables tormentas. El agua de las tormentas es el agente fortificante más poderoso del mundo. De hecho, son las tormentas las que nos hacen resistentes y valientes. Parece que sólo existen tres ejemplares de este reloj en todo el mundo. ¡Es muy delicado y requiere cuidados especiales! —La abuela se dirigió entonces a la cocina cuando Ginny, que se había acercado al reloj, vio que una pequeña puerta se abría en la parte frontal y una diminuta figura asomaba.

Llevaba una falda larga de color lila tejida con pétalos de flores, sostenía una maleta en la mano y tenía el cabello recogido en un moño... ¡Era absolutamente idéntica a Chepi, la guardiana de los sueños abandonados que había conocido el año anterior en la playa frente a la casa, pero en miniatura!

En cuanto la figura la vio, en un abrir y cerrar de ojos volvió a entrar en el reloj.

—¡Leo, guau! ¿Tú también la has visto? —gritó Ginny, tirando de su brazo. Pero él no tuvo tiempo de responder: la abuela ya había regresado y Ginny la interrogó, muy agitada.

—¿Quién es esa figurita que ha salido del reloj?

—¿De qué estás hablando, querida? —respondió, volviéndose hacia ellos.